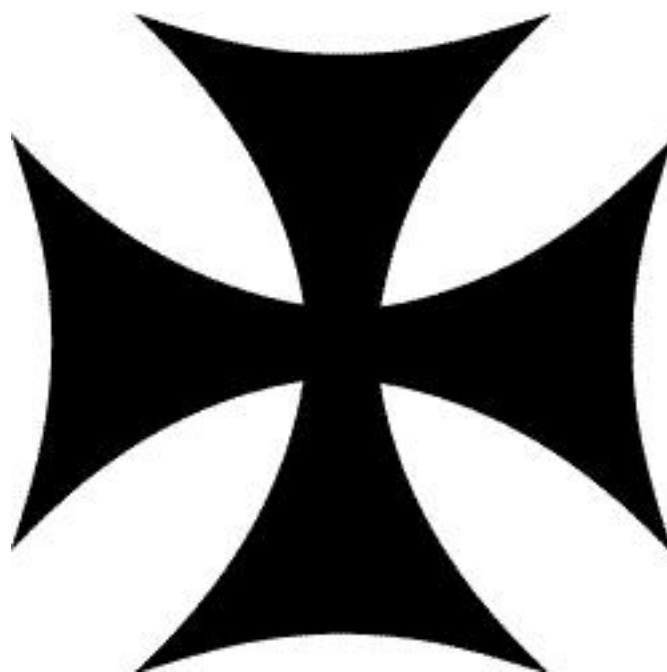


LA CIENCIA OCULTA
DE LOS
VIEJOS TEMPLARIOS



ANTONIO GALERA

AKRÓN
2009

© *La ciencia oculta de los viejos templarios*, Antonio Galera Gracia, 2009

© Editorial Akrón, S.A., 2009
Apartado de Correos N^o 134
24700 Astorga, León
(España)
www.editorialakron.es
info@editorialakron.es

Primera edición: Mayo 2009
ISBN: 978-84-937192-0-3
Depósito Legal: Z-1914-2009

Impreso en España

Diseño de la cubierta: Departamento de Diseño de Editorial Akrón

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra sin permiso previo escrito del autor y del editor. Todos los derechos reservados.

Si algún freile fuera medroso, o no conveniente para ir a la guerra, sirva según la prudencia del maestro en las otras cosas y negocios de la casa. Y si el superior advirtiere que su miedo tiene remedio, pónganlo a cuidar las necesidades de los ancianos.

Capítulo XI del Libro de las Ordenanzas Secretas de los maestros, comendadores y preceptores de la Orden del Templo de Salomón.

1

Caldeada y serena declinaba la tarde del día 17 de julio del año del Señor de 1134, mientras un considerable número de jinetes pertenecientes todos a la curtida caballería de la Orden del Templo de Salomón, sobrevestidos todavía con algunas piezas de sus armaduras de hierro, dejaban ver bajo ellas un hábito que se adivinaba blanco, pero que se descubría ahora convertido en un mar de suciedad y manchas, donde predominaban las salpicaduras de sangre, el copioso sudor y las impurezas del polvo.

Los sombríos semblantes de los jinetes, descompuestos y afligidos, no contrastaban en absoluto con la belleza del paisaje que los rodeaba, ya que julio era el tiempo en que con más esplendor lucía la que hoy es conocida como Conca de Barberá, porque se llenaba de vida debido a las labores y cuidados que los labradores inquilinos del Temple efectuaban en las tierras que a esta orden les tenían arrendadas. Y este era precisamente el tiempo en que las labores de recolección absorbían por completo la atención de los labradores. Pues tenían que recoger y secar el grano, trillarlo y limpiarlo de impurezas con toda urgencia y almacenarlo luego en los graneros. Por orden y deseo expreso de la administración templaria, nada se desperdiciaba. Incluso las pajas se debían de recoger todas a la vez y mezclarlas, pues todas juntas y reunidas tenían mucho más valor alimenticio para los caballos, asnos, mulas, vacas y otros animales de los muchos que existían en las granjas y caballerizas de las encomiendas templarias.

Tras de los jinetes, junto a los carros que iban tirados por mulas y asnos, soldados, escuderos e incluso hermanos profesos que habían perdido el caballo en el fragor de la batalla, hacían lo posible por tapar los rostros de los cadáveres que se hallaban hacinados sobre las plataformas de los dos últimos carros, ya que en los tres primeros era donde viajaban, muy apretujados, los heridos que no podían andar o mantenerse sobre el caballo.

La triste y cansada comitiva llegaba en ese momento al castillo de Barberá, de donde cuatro meses antes había salido un ejército compuesto por más de ciento cincuenta hombres, entre soldados, sargentos y caballeros.

Sucedió que habían sido llamados por el rey Alfonso I para que combatieran junto a él en la batalla de Fraga, pero aquella ofensiva había resultado ser una trampa mortal. El emir Yhasa Ibn Ganisa, enterado por sus servicios secretos de que el Rey se dirigía hacia sus posesiones con intención de atacarle, y sabiendo además que las tropas del monarca habían estado largos años batallando por las tierras de Valencia, preparó un numeroso

ejército, perfectamente adiestrado, descansado y motivado, y derrotó a las tropas cristianas antes de llegar a Fraga.

El caballero profeso don Lope de Castro, bajó del caballo y se dirigió apresuradamente hacía el despacho del maestro.

El objeto de tan despabilada marcha no podía estar más justificado, puesto que se trataba nada menos que de comunicar a su superior las desagradables noticias de su derrota.

Don Pedro de Masó, maestro en aquel tiempo de la encomienda de Barberá, en cuanto tuvo delante al caballero don Lope de Castro, y observó su lamentable aspecto, supo enseguida que algo espantoso había ocurrido.

—¿Derrotados? —preguntó el maestro.

—Derrotados —contestó el caballero, frunciendo el gesto.

—¿El comendador don Juan Miró?

—Muerto. Esa es la razón de que sea yo el que venga a daros las novedades. Al caer don Juan mortalmente herido, yo, por ser el caballero más antiguo de la tropa, me hice cargo del mando, tal como indican las ordenanzas.

—¡Qué desgracia, Dios mío, qué descomunal desgracia! —se lamentó el maestro quedamente, como si hablase consigo mismo. Luego, después de una breve pausa, ordenó—: dadme el parte, ¿cuántos heridos? ¿Cuántos muertos?

—Cuarenta y dos muertos y cincuenta y ocho heridos. De ellos, señor, doce heridos y cinco muertos pertenecen al convento de Vallfogona; catorce heridos y siete muertos al de Espulgas de Francolí, y treinta y dos heridos y dieciséis muertos al nuestro.

—¿Hubo cuarenta y dos muertos, y sólo traéis veintiocho?

—Ésos fueron los únicos que pudimos recoger, los catorce restantes quedaron en el campo de batalla. Los heridos, sin embargo, señor, todos vienen con nosotros.

—¿El cadáver del comendador?

—Recuperado. Su cuerpo está junto a los otros, sobre uno de los carros.

—¡Alabado sea Dios! Me alegro por los heridos, hermano Lope, pero me entristezco por los muertos que allí quedaron porque tal como dice el refrán *«Los muertos ausentes, no tendrán nunca amigos ni parientes»*.

—Jamás supe el significado exacto de ese refrán, señor.

—Una fosa en el campo santo, sobre la cual se ponga una lápida que recuerde al que dejó esta vida, inmortaliza al fallecido. Mientras permanezca este recordatorio en la tierra, no le faltarán a los muertos amigos, parientes y visitas que lo recuerden... Es por

eso, frey Lope, por lo que nuestra orden ha de hacer lo posible y lo imposible por recuperar a los muertos que caen en los campos de las batallas que libramos por honra y amor a Nuestro Señor Jesucristo. Eso es algo que tendréis que aprender y llevar siempre en vuestra memoria, hermano, porque en la próxima reunión capitular que celebremos, quiero proponer vuestro ascenso a comendador en sustitución del fallecido don Juan Miró, que en la gloria de Dios descanse.

—Vuestra confianza en mí es grande, señor; espero no defraudaros. Y ahora, si me lo permitís, venerable padre, quisiera poner en vuestro conocimiento un lamentable hecho. Sé que la tristeza que en este momento sentís se agrandará con lo que os voy a comunicar, pero, aunque me gustaría apartar de vos este amargo cáliz, no tengo más remedio que ponerlos al corriente de lo acaecido.

—¿Qué es? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó el maestro, vivamente interesado.

—El caballero don Godofredo de Osca...

—¿Ha muerto?

—Algo peor, señor.

—¿Peor? ¿Qué puede ser peor que la muerte?

—El miedo, señor. Huyó cobardemente del campo de batalla.

—¿Cómo? ¿Qué decís? No puede ser... ¿Qué ocurrió?

—Como vos sabéis, señor, esta era la primera vez que el mencionado caballero entraba en batalla. El comendador don Juan Miró dio orden de que el joven Godofredo de Osca fuese siempre a su lado para infundirle valor. Las tropas musulmanas nos ganaban en número. Cada uno de nosotros tenía que luchar con más de dos y, a veces, con más de tres paganos para poder avanzar. El comendador fue rodeado por cuatro enemigos. Luchó valientemente, pero solo. Don Godofredo de Osca, que se hallaba junto a él, reparando en el peligro que tenía delante, quedó quieto, como petrificado. Ni siquiera tuvo el valor de sacar la espada. Derribaron los enemigos al comendador de lomos de su caballo y, luego, una vez en el suelo, le clavaron más de siete veces la espada en el cuerpo. Movidó por el pundonor, la valentía, o por proteger al caballero don Godofredo, que tras de él seguía inmóvil y sin hacer nada, se levantó el comendador para seguir luchando. Fue en ese preciso instante cuando el caballero don Godofredo de Osca reparó en que la barriga de su protector estaba abierta y que las tripas las llevaba colgando. Esa espantosa visión puso en fuga al caballero. Espoleó al caballo, dio media vuelta y huyó cobardemente. Después, una vez acabada la batalla, fue hallado por un pelotón de búsqueda escondido en la espesura de un sabinar. Estaba acurrucado y llorando.

—Este es un problema muy grande que tendremos que resolver, don Lope —

manifestó el maestro, considerablemente contrariado—. Ahora que pronto seréis comendador, si Dios así lo quiere, decidme, ¿cómo lo solucionaríais vos?

—Con la expulsión inmediata —contestó el caballero.

—¿Por qué? ¿Cuál sería vuestra razón para expulsar a un hermano?

—Señor, respetuosamente quisiera deciros que la Biblia, que es al fin y al cabo nuestro ejemplo más sagrado, en el libro del *Deuteronomio*, que en hebreo significa, como vos sabéis, «segunda Ley», dice que *los miedosos y de corazón pusilánime han de ser regresados a sus casas, pues de no hacerlo así se corre el peligro de que hagan desfallecer el corazón de sus compañeros, como ocurre con el suyo propio.*

—Cuando lleguéis a tener mando, mi apreciado hermano, pasaréis de ser hijo a ser padre. En ese mismo momento dejaréis de ver las cosas tal como hoy las veis. Tendréis bajo vuestra autoridad, no uno, sino numerosos hijos. Entonces os daréis cuenta de que no se debe amar más a uno que a otro; que nunca podréis comparar al hombre miedoso con el valiente, a no ser que exista una causa razonable. Si el superior cree justamente que la causa existe, debe hacerlo, en caso contrario, no; y ello independientemente del rango que ostente el subordinado. Cada uno ha de ocupar su lugar, porque tanto los miedosos como los valientes, todos somos uno en Cristo, y servimos bajo un único Señor en una misma milicia, porque no hay acepción de personas ante Dios. Él nos prefiere solamente si nos ve mejores que otros en las buenas obras y en la humildad. Mi consejo es que sea igual vuestra caridad para con todos... Porque la razón que vos habéis dado, sacada del libro del *Deuteronomio*, queda impugnada por la pregunta que Cristo nos hace en el Evangelio: *¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas, y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras de la que se ha perdido, hasta hallarla?*

—Entonces, ¿qué habéis determinado hacer con él?

—Quiero que pongáis al hermano don Godofredo de Osca a cuidar de los ancianos...

—Señor —Manifestó visiblemente contrariado el caballero don Lope de Castro—, ese no es oficio de caballeros; es oficio de sirvientes.

—Lo primero que tendréis que aprender, frey Lope, es a cumplir siempre las órdenes y a no discutir las nunca. El primer grado que un superior ha de tener es la humildad y una obediencia sin demora, ya que para saber mandar hay que aprender primero a obedecer.

—Os ruego me perdonéis, señor. He pecado de falta de humildad, y en verdad que lo siento. Decidme, pues, qué debo hacer, y lo haré al instante y sin demora.

—Parece que ya nos vamos entendiendo, frey Lope. Pues, bien, lo primero y más

urgente es que deis las órdenes precisas para que los muertos y heridos que pertenezcan a los conventos que de nos dependen; esto es, a los de Vallfogona y Espluga de Francolí, sean trasladados a sus respectivas casas para que allí puedan dar cristiana sepultura a los fallecidos, y cuidar de los heridos hasta su total mejoramiento. Después, deseo que preparéis el acto fúnebre para enterrar a nuestros muertos con los honores debidos. Y ya, por último, mando que el caballero don Godofredo de Osca asista a los actos fúnebres en un lugar de privilegio. Una vez terminado éstos, dispongo que el mencionado caballero sea puesto, bajo las órdenes del maestro terapeuta, a cuidar de los ancianos, y con más dedicación a los ancianos enfermos.

—Así se hará, señor —manifestó el caballero don Lope de Castro, no sin seguir pensando que un caballero profeso no debía nunca ser degradado a realizar el trabajo de un sirviente y, mucho menos, a permanecer bajo las órdenes de un inferior, aunque éste fuese maestro en algún oficio... Él nunca se hubiese sometido a tamaña humillación. Antes prefería la expulsión o la muerte.

Cuando el maestre don Pedro de Masó quedó solo, se sentó tras la mesa del despacho y, abrazando la cruz patriarcal de hierro esmaltado que la presidía, comenzó a llorar desconsoladamente. Luego, después de este necesario desahogo, que todo templario ha de llevar a cabo en la más estricta soledad, leyó en voz alta la inscripción que la mencionada cruz llevaba grabada en su pedestal: «*Quid vultis in virga veniam ad vos an in caritate et spiritu mansuetudinis*».¹

El caballero profeso don Godofredo de Osca era hijo del conde de Osca, Señor de Montbrió. Un cristiano noble y devoto que había favorecido en muchas ocasiones a la Orden del Templo de Salomón.

Educado por sus cristianos padres y por un tío suyo, un sacerdote ejemplar, a la edad de veinte años, en la más peligrosa época que existe para la juventud, porque en ella suelen manifestarse y desbordarse las pasiones, sintió en su candorosa alma una voz del cielo que le convidaba a huir del siglo y anclarse en un puerto seguro donde su espíritu pudiera, libre de terrenales ligaduras, remontar su vuelo y alcanzar las más sublimes perfecciones. Por su carácter guerrero y siervo de Dios al mismo tiempo, eligió la Orden del Templo para profesar.

Pero lo que anhelamos con fuerza, parece que algún espíritu maligno se encarga

¹ ¿Qué queréis, que vaya a vosotros con un palo, o con amor y en espíritu de mansedumbre?

de echar a peder. El demonio que todo lo enreda dio lugar a que el conde de Osca, cuando ya estaba preparado para pedir su ingreso en la orden, tuviese un accidente y quedara cojo del pie derecho. Con este defecto físico, el noble caballero ya no pudo cumplir su ilusión. El Temple lo rechazó. Desde aquel día, el conde sólo vivió para hacer realidad un sueño: casarse, tener un hijo varón y prepararlo para que ingresara en la Orden de los Caballeros Templarios.

Cuando su hijo nació, lo primero que hizo el conde de Osca fue bautizarlo con el nombre de Godofredo en honor y recuerdo de su estimado amigo Godofredo de Bouillon, a quien había tenido por general en la primera cruzada en el año del Señor de 1096, donde el conde había acudido atendiendo la llamada que el papa Urbano II hizo a todo el mundo cristiano con la intención de liberar los santos lugares de las manos de los infieles.

La admiración que el conde profesaba por este noble caballero francés, había nacido viendo cómo minuto a minuto, hora a hora y día a día, este valiente guerrero se enfrentaba a los enemigos de Cristo, saliendo victorioso de todas las batallas que libraba. Y habiendo sido testigo después de algo insólito que no pudo nacer más que de un bondadoso y humilde corazón. Cuando Jerusalén y otras muchas ciudades estuvieron en manos de los cristianos, fue elegido don Godofredo por unanimidad para ser rey de la ciudad donde Jesús había vivido y muerto. Incluso el Papa envió un escrito donde decía que la Santa Sede estaba de acuerdo con ese nombramiento, pero él, alzando mucho la voz para ser oído de obispos, nobles y soldados, dijo: *«Auri coronam non feram ubi spineam tulit Christus»*.²

Ser admirable y de humilde corazón, cuyo comportamiento elogiaba el conde de Osca en todas sus conversaciones y en todos sus recuerdos, fue este don Godofredo de Bouillon un hombre sencillo cuyo amor por Nuestro Señor Jesucristo le llevó a aceptar, como el más manso de todos los corderos, sola y exclusivamente el cargo de *«Sancti Sepulcri advocatus»*, o lo que es lo mismo, *«protector del Santo Sepulcro»*. Donde tuvo como segundo en el mando a Hugues de Payns, actual maestre general de la orden de los templarios, a quien animó para que creara la mencionada orden y ayudó con su influencia y dinero para que fuese instituida primero y reconocida después por la Santa Sede.

El maestre don Pedro de Masó no podía dejar de pensar en cuánto dolor podría acumular el corazón del padre del caballero don Godofredo de Osca si llegaba a enterarse de que

² No llevaré corona de oro donde Cristo la llevó de espinas.

su hijo se había comportado como un cobarde. Recordó entonces con cuánto orgullo lo había acompañado a la encomienda, y cómo se le saltaron las lágrimas el día en que lo vio vestido con el hábito blanco. Parecía como si se hubiese estado viendo a sí mismo, como si el sueño de toda su vida se hubiese hecho realidad en la sangre de su sangre... ¿Quién, llamándose cristiano, podría conscientemente causar dolor en el corazón de un padre que había vivido sola y exclusivamente para convertir a su hijo en un valiente templario?

El maestro, hombre honesto y razonable, se levantó de su asiento y se dirigió hacia un archivo que se encontraba junto a la pared de enfrente. Sacó de un cajón la copia de una carta que hacía unos meses él mismo había dirigido al maestro de Jerusalén, frey Hugo de Payns, volvió nuevamente a su mesa, se sentó, y comenzó a leer:

El hermano Pedro de Masó, pobre maestro de la milicia del Templo en la villa de Barberá, humilde entre los humildes, se dirige a vos hermano Hugo en nombre de Dios Eterno para exponer lo siguiente:

Un joven, a cuyo padre aprecio de todo corazón porque es amigo y favorecedor del Temple, hace unos meses que fue traído a esta encomienda con el deseo de tomar los votos y llegar pronto a ser uno de los nuestros. Este piadoso joven —rara vez he encontrado un alma tan devota y pura— me pide ser admitido en la orden, además de porque él así lo quiere, porque desea ver a su padre feliz. ¿Habrá mayor muestra de amor de un hijo hacia un padre que ésta?

Os escribo hoy frey Hugo, y no cuando haya tomado los votos, como sería lo reglamentado, porque no podía esperar para proclamar delante de vos, hasta qué punto me parece envidiable este joven lleno de voluntad, sinceridad y fe. Pues aún a los ojos del incrédulo —y cuando escribo estas palabras no es de mí, gracias a Dios de quien hablo—, aún a los ojos del incrédulo —repito—, el joven es admirable.

No solamente acepta en toda su severidad la regla impuesta, sino que además renuncia de buena gana a su país, a su padre y a su madre, a la que ama mucho, sabiendo que esta decisión lo dejará sin esperanza de volver a visitarla.

Se viene a vivir para siempre con nosotros, sabiendo que su destino será incierto; hoy podrá estar sirviendo aquí y mañana allí. Se presta a ello solo y sin defensa, no teniendo ya más escolta que su ángel de la guarda, armado únicamente con la espada reglamentaria del Templo y con la única luz que nos proporciona la lectura del Evangelio.

Cuando le hemos mencionado que tendrá que luchar y dar muerte a esos salvajes que odian nuestra religión, él nos habló de un Dios de amor, de un Dios que quiere ser adorado en espíritu y en verdad.

Hace dos meses que está entre nosotros y parece que sea largo tiempo el que lleve viviendo aquí. Su espíritu se advierte ya resignado a los suplicios que hemos de sufrir y a la muerte que hemos de esperar. Parece que aguarde esa muerte gloriosa y la acepte con ardor, convencido de que la sangre del guerrero que lucha para mayor gloria de Dios, fecunda la tierra de los impíos aun más que la misma agua del bautismo.

Escrito en la encomienda de Barberá, por nuestra propia mano, siendo el año de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo de 1132, día 8 de septiembre.

Después de leer la carta, el comendador tomó en sus manos la Biblia que siempre tenía sobre la mesa del despacho, cerró los ojos, la abrió al azar y dijo: «*Señor dame la señal que he de seguir para no equivocarme y para que sean llevados a cabo tus divinos y siempre eternos designios*».

Cuando el maestre abrió los ojos, el dedo índice de su mano derecha estaba puesto en la siguiente lectura de Lucas: «*Ecce eris tacens et non poteris loqui usque in diem quo haec fiant..., quae implebuntur in tempore...*», es decir: «*Quedarás mudo e incapaz de hablar..., mis deseos se cumplirán a su debido tiempo...*»

Y, ante esta lectura, comunicada por Dios, el maestre don Pedro de Masó tomó la siguiente determinación: daría las órdenes oportunas para que el incidente ocurrido con el caballero profeso don Godofredo de Osca fuese silenciado por todos los de su casa y guardado en el más estricto secreto hasta que él anulase dicha orden o anunciase lo contrario.